

Enrique Barrero Rodríguez

Sevilla 12 de Mayo de 2001

- **La fe que nos mueve. Justificación de mi pregón**
- **Sevilla en el alma**
- **Las Vírgenes Gloriosas de Sevilla. La Giralda quiere ser costalera**
- **Inmaculada de Sevilla. En un alto pedestal y en una capilla humilde**
- **Luz y Alegría. De las tormentas del llanto al júbilo luminoso**
- **Dolor y Gozo. El fértil territorio de la leyenda**
- **El milagro transparente del agua. Rocío vivificador**
- **La ceremonia luminosa del amanecer. Santa María de los Reyes.**
- **Con vara generosa de Pastora.**
- **Rosario. La gracia de un costal**
- **Mercedes y Amparo. Claridad en la Puerta Real y Madre del otoño sevillano.**
- **Marinera y Sevillana**
- **Carmen en Santa Catalina**
- **Madre Auxiliadora y madre Aurora.**

Mi infancia recuerda un puente
que era acueducto y frontera.
Siempre cerca, Valvanera,
de tu mirada sedente.

Recuerdo que conmovía
mi niñez el traqueteo
de los vagones. Me veo
asomado a aquella vía.

Cosas que tiene Sevilla.
Cayó el puente en el olvido.
Pero Tú has permanecido
anclada en aquella orilla.

Y se quedó tu mirada
como siempre, en San Benito,
lección de amor infinito,
corazón de La Calzada.

Hoy ya no hay puente ni trenes.
Pero -puente o avenida-
anclada sigue mi vida
al barrio que Tú sostienes.

Y con profunda emoción,
sin elevar voz siquiera,
yo quisiera, Valvanera,
abrir así mi pregón:

Podrá cambiar un rincón,
un puente o una vereda.
Pero tu amor siempre queda
por dentro del corazón.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Sevilla;
Ilustrísimo Señor Teniente de Alcalde Delegado de Fiestas Mayores;
Ilustrísimo Señor Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Ciudad de Sevilla;
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades;
Señores Caballeros del Capítulo de Valvanera;
Hermandades de Gloria de Sevilla;
Cofrades de Sevilla;
Señoras y Señores;

La fe que nos mueve. Justificación de mi pregón

Mi habitación es una habitación sencilla, diríase con cariño e indulgencia que poco desahogada. Las dificultades de espacio no han impedido, sin embargo, que desde hace años, justo encima de mi mesa de trabajo, presida la habitación un hermoso pergamino enmarcado de considerables dimensiones. Tantas veces lo he visto y observado, tantas veces desde mi infancia me he detenido en la contemplación de sus detalles más triviales que tengo grabadas en mi memoria la inclinación de la mirada del niño seise que sostiene un Simpecado, la caligrafía de quienes rubricaron con sus firmas el emotivo recuerdo y la fecha de su entrega: 30 de mayo de 1980. Pero conozco sobre todo la leyenda que justifica su existencia: "El Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Ciudad de Sevilla a Don Enrique Barrero González, por su magnífica disertación del Pregón de las Glorias Marianas de Sevilla". Yo asistí a aquel ya lejano pregón con asombrada sorpresa de niño, pero con la secreta y emocionada conciencia de las cosas importantes. Fue en la Iglesia del Salvador, en un acto presidido por una Virgen sevillana, la Virgen del Voto, que, por su ubicación, es antesala sublime del sublime nazareno de Jesús de La Pasión. Hoy, al cabo de algunos años, he ascendido a este atril por la generosidad y la confianza de la Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla. Bendito sea Dios que mueve con su Providencia extraños e invisibles hilos en nuestras vidas. Mi profundo agradecimiento al Consejo General de Hermandades y Cofradías por su confianza y al Señor Teniente de Alcalde Delegado de Fiestas Mayores por su más que generosa presentación.

He sido designado para pregonar a la Virgen María en las advocaciones de Gloria de esta Ciudad indefinible, de esta Ciudad que tanto amamos. Y lo primero que tengo que hacer es dar cuenta de cómo deseo que sea mi pregón. Cuando se hizo pública mi designación muchos se acercaron a mí diciéndome: -Tu pregón tiene que ser poético, queremos un pregón lírico. Otros me advirtieron: -Ten cuidado, el pregón debe ser un pregón religioso, con doctrina; es un acto de exaltación de nuestra fe personal y colectiva.

Quiero proclamar, por ello, desde el primer momento, algunas ideas básicas. El centro y justificación de nuestra presencia en este acto, la justificación misma de la existencia de nuestras Hermandades y Cofradías, es Jesucristo, Dios y Hombre, Salvador nuestro; es su encarnación, su muerte en la cruz y su resurrección gloriosa. Sin Cristo no hay María, ni existiría nuestra Iglesia, ni existirían nuestras Hermandades. Proclamamos, pues, a Jesucristo y a su Sagrado Corazón como la razón de ser de nuestra fe y de nuestro compromiso. La Virgen es, ante todo, la Madre de Dios y Reina de Todos los Santos. La mujer predestinada para que el Verbo habitara entre nosotros, la elegida desde el comienzo de los siglos; concebida sin mancha, siempre entera, como decía San Juan de Dios, llevada a los cielos misteriosamente en cuerpo y alma.

Permitidme ahora, sin embargo, que una vez proclamadas estas irrenunciables verdades de nuestra fe y de nuestro compromiso cristiano, que pertenecen a nuestro acervo común y que la Iglesia y sus ministros nos predicán y nos enseñan, deje correr mi pregón por el cauce que el corazón y el sentimiento me dictan y que os proclame, en estos comienzos del mes de mayo, el ciclo anual y glorioso de nuestras Vírgenes de Gloria; las nuestras, las de Sevilla.

Sevilla en el alma

Cuánta magia en esta palabra: Sevilla. Hay ciudades distintas, diferentes. Las hay oscuras, de hermosura distante; hay ciudades que se visten con lloviznas y bruma, o que emergen como sueños de la niebla, ciudades en las que bajo la sombra de sus cielos nublados se elevan piedras austeras y sobrios campanarios. Y hay ciudades tan claras que la luz nos asalta, nos deslumbra, nos cerca y nos invade sin tregua. Sevilla es una Ciudad luminosa. En la radiante luminosidad de sus atardeceres, en el alto vuelo de sus espadañas, en el fresco y umbroso silencio de sus patios, en el verde entramado de sus jardines, en la blanca cal de sus fachadas, en la gracia enrejada de sus balcones, en el permanente y afortunado milagro de sus Conventos de clausura, intuimos la esencia profunda y secreta de la ciudad.

Las ciudades tienen alma, todas ellas la tienen. Alma de la Ciudad son sus tradiciones, su historia, los sentimientos de sus gentes, su particular manera de ser y de estar en el espacio y en el tiempo; alma multiforme, formada por múltiples afluentes. Pues bien, en el alma de Sevilla, desde hace siglos y ahora mismo, la devoción a la Virgen tiene un lugar destacado, una relevancia especial y trascendente. Si la presencia de María faltara en Sevilla, podría seguir existiendo la Ciudad, pero no sería ya la misma que conocemos y amamos tanto.

Las Vírgenes Gloriosas de Sevilla. La Giralda quiere ser costalera

Si amaré Sevilla a la Virgen que la invoca con mil nombres diferentes. Vivimos en una Ciudad amorosamente traspasada por el nombre de María. Exaltamos una Ciudad que proclama a los vientos, como una hermosa y sostenida letanía, los nombres infinitos y plurales de María; nombres que reflejan una sola y luminosa Esperanza.

En todas partes tu nombre,
sencillo nombre de gracia:
En los serenos ponientes
y en las mañanas tempranas;
por las esquinas del aire
y en la voz de las campanas;
en la luz de los jardines,
en la brisa sosegada
que acaricia, levemente,
el encaje de las ramas.
Por todas partes tu nombre:
confundido con el agua
que rebosa, mansamente,
en las fuentes del Alcázar,
hecho sol que se demora
en claridad de fachadas.
Todo lo ocupa tu nombre
que multiplica la gracia.
Con cuántos nombres, tu nombre
abre sueños para el alma:
Mercedes. Salud. Amparo.
Y Rosario de Triana.
Montemayor y Juncal.
Valvanera en La Calzada.
Patrocinio. Prado. Antigua.
Araceli y Candelaria.
Valme. Sol. Desamparados
y Purísima en Santa Ana.
Con cuántos nombres, tu nombre
como una flor se desgrana
siendo el tallo indivisible,
siendo única la savia:
Carmen, Reyes y Pastora,

Pura y Limpia Inmaculada,
Auxiliadora profunda,
manantial de eternas Aguas.
Anunciación y Cabeza
allá en San Juan de la Palma.
Guadalupe, con un sueño
de Soledad Franciscana.
Rocío, temblor tranquilo
hecho Nieve en cumbres altas.
Yo he visto cómo tu nombre
conjuraba las distancias
y he sentido, al pronunciarlo,
suaves brisas, tardes claras,
en el recuerdo, jardines,
y azucenas en el alma.
Bajo el cielo de Sevilla
-cuando mayo tiende escalas
al apremio del verano,
cuando agosto se hace llama
y septiembre encaje y brisa
de postreras tardes claras,
cuando de octubre a noviembre
desnudo el otoño avanza-
cuánta dulzura infinita,
qué belleza equilibrada
tu nombre que todo llena,
qué milagro en las palabras:
Cuántos nombres en tu nombre
para una sola Esperanza.

Si amaré Sevilla a la Virgen que hasta su símbolo universal, La Giralda, se empeñó una vez en ser su costalera. Una mañana, como tantas otras, estaba yo absorto en la contemplación de nuestra Torre cuando pude percibir de pronto, aguzando los oídos del alma, un sorprendente coloquio:

Yo vi a la Giralda un día,
bajo el cielo de Sevilla,
elear una sencilla
petición con alegría.

Era mayo. Primavera.
Y era sólo que quería
ser un poco costalera
de las glorias de María.

Allí estaba una mañana,
moreno perfil de cielo,
espadaña de un anhelo,
orgullosa y sevillana.

-Reduce Tú mi estatura
-escuché que a Dios decía-,
hazme juego de cintura
para llevar a María,

que teniendo el alma mora
y oriental arquitectura,
tenga también la cintura
costalera y soñadora.

Y los ángeles del cielo
sonriendo respondían
con un encendido grito
y palabras que la herían:

-Para qué, bandera y sueño,
ladrillo de filigrana,
mástil del amor sureño,
repique azul de campana.
Mantén tu perfil de siglos.
Quédate quieta, gitana,
permanece en tus cimientos,
deja tu altura sagrada
recortada sobre el aire,
sostén alta tu mirada.

Mas la Giralda seguía
en aquella primavera,
dale y dale en su porfía
de querer ser costalera
de las Glorias de María:

-Cintura y alma quisiera
-la Giralda respondía-
cuando cada primavera
al cielo azul desafía
mi arquitectura altanera.
Permitidme esa alegría.
Dejadme ser costalera
de la gracia de María.
Y mientras más se empeñaba
más los ángeles reían:

-Que no puede ser, morena,
que no cabes de tan alta,
que a ver qué paso resiste
el vuelo de tus campanas.

Tanto insistió la alta torre,
tanto quiso la Giralda
ser costalera unas horas
en la tierra de la gracia,
que Dios, con una sonrisa,
tuvo entonces que acallarla:

-Para qué quieres ahora
-oí que Dios respondía-
que al llegar el mes de mayo
le busque yo una cuadrilla
a tu espalda de ladrillo
y a tu cintura dormida,
si eres ya repique y sueño,
santo y seña, luz y guía
y costalera, tú sola,
de los cielos de Sevilla.

La Virgen María es, ante todo y sobre todo, Inmaculada, blanquísima y reluciente advocación, que alude su preservación original del pecado, a su concepción sin mancha. Para la gloriosa historia de Sevilla y sus documentalistas queda el fervor popular de esta tierra a la Concepción Inmaculada de María y Sevilla como la gran adelantada del dogma concepcionista. Para la historia queda, asimismo, la orgullosa incorporación al escudo de la Ciudad del título de Mariana, promovida por cofrades ilustres y una sevillanísima Hermandad enclavada en un barrio histórico y artillero, que aunque mudado por los años, conserva todo el encanto fragante del recuerdo. Yo prefiero hablaros de esa poesía blanca y reluciente de la pureza, esculpida en el rostro de ojos semicerrados de la Inmaculada de Montañés, o dibujada sobre aleteos de querubines por el pincel luminoso de Murillo. Esa Inmaculada, de Inmaculado Corazón, que transita por las calles floridas del barrio de Heliópolis, con el niño Jesús a la izquierda, sobre sus rodillas. Esa Inmaculada que está alzada hacia los cielos de Sevilla, como un símbolo de la Ciudad, flanqueada por los jardines ocultos del Alcázar, que asoman sus altísimas ramas, y por los muros silenciosos de esta Catedral que hoy nos cobija. Inmaculada de Sevilla, en alto pedestal, entre vuelo de palomas, en eterno triunfo, recortada entre la brisa, bajo el cielo luminoso de Sevilla:

Siempre que a tu lado paso,
sea mañana o mediodía,
haya luz o niebla fría,
sea la tarde o el ocaso
me pregunto ¿existe acaso
más sereno y dulce vuelo,
más claridad de un anhelo?
¿Hay Señora, por ventura,
para tu eterna dulzura
mejor retablo que el cielo?

Puede Sevilla a tu llanto
disponer varal y jarra.
Y a tu dolor que desgarrar
colocar puñal y manto.
Mas que no olvide, entre tanto,
el mensaje verdadero:
Que está tu gloria primero.
Tu gloria que vuela y sube
en pedestal de una nube
hacia el cielo compañero.

Siempre que miro al pasar
tu imagen así elevada,
-Madre mía Inmaculada-
nace alegre mi cantar:
No existe mejor altar
a tu dulzura sencilla,
ni más alta maravilla
que ese vuelo Inmaculado
de tu perfil recortado
bajo el cielo de Sevilla.

Pero junto a la Inmaculada alzada en Triunfo, Sevilla venera también a la Inmaculada sencilla y entrañable que hace bien poco recibió el homenaje emocionado de la Ciudad.

Cada primavera lo pienso en los aledaños del Arco del Postigo, cuando las miradas peregrinas y caminantes de las llorosas y pasionales Vírgenes sevillanas suavemente traspasan el dibujo del Arco, y observo allí, quieta, dulcemente inmóvil, diminuta en imagen pero grande en hermosura, la presencia humilde y casi ausente de la Pura y Limpia, sin el compás racheante del paso costalero, sin la labrada gracia de los palios. Qué profunda simbología en esos fugaces encuentros. Qué hermoso, sencillo y voluntario retiro, qué amoroso cautiverio el de

esta Virgen pequeña y entrañable, tras su cancela, Pura y Limpia, felizmente coronada para Sevilla, cobijada en su pequeña capilla, bajo el sevillano Arco del Postigo. Y qué hermoso contraste cada año: Vírgenes llorosas, Vírgenes en el ahogo del llanto y Virgen sencilla, sin lágrimas, pasión y gloria de Sevilla, eterna ambivalencia del alma humana. Por eso, cuando la inercia del bullicio empuja la mirada al movimiento cimbreante de las Vírgenes dolorosas, vuelvo los ojos, para entonar, en verso, una oración callada a la Virgen Inmaculada, Pura y Limpia del Postigo del Aceite:

Otras pasan. Van y vienen
cada año, en primavera.
Tienen palios. Tienen cera.
Mas no tienen lo que tiene

la quietud de tu mirada
bajo el Arco del Postigo.
Así como te lo digo,
Pura y Limpia Inmaculada:

Yo he visto cómo a tu lado
pasaba una clara Estrella,
e iba dejando su huella
en el aire trastornado.

Y he visto llorar, llorosa,
su abatida soledad
a una rosa de Piedad
en la noche silenciosa.

Otras pasan, rodeadas
por la gracia de un varal.
Pero no tienen cristal
que refleje sus miradas.

Otras cruzan, por Sevilla,
a sus templos, de regreso.
Pero yo me quedo preso
en tu mirada sencilla.

Otras pasan unas horas
enmarcadas en un marco.
Pero Tú tienes un Arco
cada noche y cada aurora.

Por eso, no sientas celo,
que es muy grande lo pequeño.
Y para sueños, tu sueño.
Y para palios, el cielo

de la tierra de Sevilla,
que Tú ves cada mañana,
asomada a la ventana
de tu mínima capilla.

Luz y Alegría. De las tormentas del llanto al júbilo luminoso

Hay toda una simbología oculta y desigual en las advocaciones sevillanas y eternas de María, una asombrosa simbología de contrastes, como en la propia vida, hecha de palabras y prolongados silencios, como en el misterioso secreto de la naturaleza, crepúsculos de sombra y alboradas radiantes. El sevillano, penitencial y pasionista, inclina muchas veces la balanza hacia las laderas entristecidas de María, hacia su soledad indefensa al pie de la cruz: Virgen sumida en el llanto, Amargura profunda y coronada, hondo Valle de lágrimas, Virgen de los Desamparados en su ojiva imposible, sobria y negra Tristeza, Angustias en el pecho. Nuestra compasiva y humana querencia por el sufrimiento, nuestra decidida inclinación hacia las sombras de la amargura oscurecen, a veces, en nuestra devoción a la Virgen, la Luz y la Alegría. Pero ¿por qué privar así a María del alto vuelo de la vida jubilosa? Son sabias nuestras Hermandades sevillanas de gloria; con las manos en el timón de la esperanza, han elegido el rumbo luminoso, el claro horizonte, a salvo de las tormentas del llanto; y en la antigua Judería o en San Esteban, han llamado a la Virgen Luz y Alegría, han arrasado sus lágrimas, la han rodeado con ráfagas de gracia, y nos la muestran sin la humedad amarga del dolor, para que el corazón, exultante de júbilo, al fin, exclame:

Cuánto dolor. Ya era hora
que tu nombre se llenara
con la Luz eterna y clara
de esta palabra, Señora.

Como la sombra precisa
la Luz en reflejo claro,
como el mar precisa un faro
y una veleta la brisa,

así tu llanto pedía
altamares de esperanza
y nivelar la balanza
con el sol de la Alegría.

Por eso, la tierra mía,
que Amargura te ha llamado,
de su llanto ha despertado
para llamarte Alegría.

Por eso, cuando yo paso
por la antigua Judería
sé la aurora de Alegría
en que concluye el ocaso.

Si alguno me desafía
y te quiere entristecida
le digo yo que, en la vida,
van a veces a porfía

la dicha y la pena fría,
la sonrisa y la Amargura,
la Tristeza más oscura
y la Luz de la Alegría.

Dolor y Gozo. El fértil territorio de la leyenda

También hay en el amplio mosaico de las advocaciones de nuestra Ciudad algunas que conjugan el profundo misterio del dolor y el gozoso milagro de la gloriosa gracia. Entre las Vírgenes sevillanas tiene la Hiniesta un altar en mi corazón. Grabada tengo en la memoria de

manera indeleble mi presencia, siendo niño, en el Convento de Santa Paula, asistiendo al acto en el que mi propio padre pregonaba esta sevillanísima advocación. ¿Cómo olvidarla ahora cuando tengo el deber y la fortuna de pregonar las Glorias marianas de la Ciudad?. Virgen de alma gótica, baluarte de la historia de Sevilla, con su poético nombre de retama, resucitada eternamente de las cenizas de la incomprensión y la barbarie, a la que tantas veces he visto, en las tempranas horas de los Jueves de Corpus, cuando la luz tímidamente irrumpía, entre las ramas de los árboles de la plaza de la Alfalfa, dirigiéndose, sobre el suave y casi adormecido paso costalero, hacia la plaza de San Francisco. Hay en el alma del hombre una poderosa e irresistible inclinación a la leyenda, como si cansados de la documentada historia, necesitáramos también el suave hechizo del ensueño, el poderoso embrujo de la imaginación aleteante. Fértil territorio el de la leyenda. Y qué hermosa la leyenda, en este caso. Todos la conocemos sobradamente y no hace falta repetirla más. Montes catalanes, brotes agrestes de retama, seca hierba de una árida serranía para el incierto destierro de una Virgen sevillana. Y esfuerzo denodado por volver. Yo quisiera con mis versos, renovando el asombro que en mi infancia inspiraba la leyenda, pedir a Santa María de la Hiniesta que nunca deje Sevilla, que permanezca eternamente en su capilla, protectora de los sueños de tantos sevillanos conmovidos por su hermosa historia de exilio y de regreso:

Sueño una sierra encendida
con agrestes romerías.
Sueño que Tú sonreías
bajo la tierra escondida.
Y sueño tu amanecida
diciendo: -Soy de Sevilla,
de una pequeña capilla
junto a una puerta señera.
Sueño la alta primavera
de tu mirada sencilla.

Retama para mi encanto,
te quiero porque te quiero.
Porque sabes el sendero
que va de la gloria al llanto.
Te quiero, y así levanto
mi palabra emocionada.
Te quiero por tu mirada
cristalina y sin mancilla.
Te quiero porque Sevilla
te quiso a Ti Coronada.

Te quiero porque no cuesta
que enamoren las retamas.
Te quiero porque te llamas
sevillanísima Hiniesta.
Te quiero y en esa apuesta
es imposible que ceda.

Te quiero porque no queda
más remedio que quererte.
Y te quiero porque al verte
no quererte no hay quien pueda.

Flor celeste en mi jardín,
dulce rosa sevillana,
claridad de luz temprana
lo mismo en junio que abril.
A tu lado, junto a Ti
todas las penas se van.
Pues los ángeles están

añorando cada día
la luz y la algarabía
del barrio de San Julián.

El milagro transparente del agua. Rocío vivificador

De la aridez de la sierra y la retama, discurre ahora el pregón al milagro transparente del agua. ¿No es acaso el agua la que riega la tierra endurecida y late en el aliento mudo de la savia? ¿No restaña la aridez infinita del desierto con frondosos oasis de palmeras? Agua pide Jesús a la samaritana en uno de los más hermosos pasajes evangélicos; agua le ofrece, agua que salta hasta la vida eterna, después de aludir al don de Dios; agua pide, extenuado y sediento, en el patíbulo infamante de la cruz; agua mana de su costado abierto, mezclada con su propia sangre redentora. Siempre el agua presente, vinculada a la vida, radiante y necesaria. Sevilla, y permitidme que generalice sin localismos exclusivistas, Andalucía, han comprendido bien esta fuerza vivificadora del agua, parecen repetir los magistrales versos del poeta: Manantial de nueva vida que nos llega por acequias escondidas.

Han nombrado a María con el purísimo y cristalino nombre del agua: Virgen de las Nieves, Virgen de las Aguas, y hasta la nombramos, en la más popular y alegre de sus advocaciones, con el nombre del agua elemental. No del agua del ancho e inabarcable océano, ni del agua del anchuroso río grande que es espina dorsal de nuestra tierra; ni tan siquiera del agua susurrante y humilde del arroyo, o del agua remansada de las fuentes. Más profundo aún. Han vinculado a María con la expresión del agua fina, elemental y sencilla, resumida en cristal, agua mínima y breve, agua que gota a gota insufla el sorprendente y misterioso milagro de la vida. Rocío. Qué hermoso suena. Inquebrantable devoción de agua, que sabe a escarcha de amaneceres entre marismas, a alborozo de pinares en claridad de atardeceres profundos, a yeguas en largas bajamares, a fulgor constelado de noche en la campiña, al arrimo de estrellas y candelas. Rocío. Con qué aliento de lunas y guitarras nos alumbra la sangre su camino. Digámoslo bien alto. No, no es sólo folklore la más hermosa de nuestras romerías. Es ante todo expresión de la fe de un pueblo, oración de humana y fecunda alegría. Y Sevilla contribuye a propagar esta imperecedera devoción de marismas encendidas con sus hermandades rocieras del Salvador y Triana, de la Macarena y el Cerro del Águila, de Sevilla Sur:

Manantial del sueño mío,
tu nombre sabe a alegría,
a sentir de tierra mía,
tamboril y escalofrío.
Tu nombre sabe a Rocío,
que es decir agua temprana.
Tu nombre sabe a mañana
y marismas de esperanza.
Riberas tu nombre alcanza,
alto vuelo de campana.

Tu nombre está dibujado
con pinceles de aire y pinos.
Tu nombre sabe a caminos
de carreta y Simpecado.
Tu nombre es un viento alado
con claridad de ribera
que en el alma reverbera.
Tu nombre sabe a romero
y a descanso en un sendero.
A guitarra y primavera.

Si de pronto yo perdiera
la razón y la voz mía,
si olvidara Andalucía
y jamás de nuevo viera
su radiante primavera,
si alejado, en extravío,
perdiera yo el sueño mío,
a recobrarlo bastara
tu nombre, paloma clara,
gota eterna de Rocío.

La ceremonia luminosa del amanecer. Santa María de los Reyes.

Llega ahora mi palabra al centro mismo del amor mariano de Sevilla: Santa María de los Reyes. Quien la negase, negaría la tradición de sus mayores, negaría una de las claves sustanciales de la ciudad en su conjunto, negaría la autenticidad de la fe descalza y peregrina, la hermosura y la emoción profunda del nardo en el agosto sevillano. La Ciudad ha colocado la arcaizante y amorosa sonrisa fernandina de la Virgen de los Reyes bajo las bóvedas de su Catedral. Y aquí está y aquí ha de seguir siempre. Su permanente patrocinio por encima del brillo simbólico de las coronas, siempre su profunda sencillez por encima de las prebendas y los cetros. Los sevillanos llevamos grabada en el corazón a esta Virgen de los Reyes. La tenemos por Patrona y protectora, y cada quince de agosto asistimos a la ceremonia luminosa del amanecer, esperamos el roce de la luz sobre su rostro, y allí nace, en sólo dos décimas emocionadas, la oración, sincera y popular:

Yo no sé decir, Señora,
qué es lo que al verte encandila,
ni la gracia que destila
tu mirada protectora.
Explicar no puedo ahora
la luz que en Ti se derrama.
No puede explicar la llama
el fuego cuando se enciende
ni la savia cuando asciende
el despertar de la rama.

Yo sé sólo que en verano,
cuando apenas la mañana
se hace brisa y luz temprana,
la emoción se da la mano
con el cielo sevillano.
Por eso, tu gracia plena,
tu sedente y tu serena
majestad que todo alcanza,
se hace nardo de esperanza
y aroma que el alma llena.

Con vara generosa de Pastora.

La Virgen no es sólo Reina de reyes, emperatriz espiritual de todos los cetros y todas las coronas. Al fin y al cabo, la mayoría, la inmensa mayoría de los hombres, no somos reyes. La Virgen sencilla es Reina de pastores, y Pastora al mismo tiempo. Los pastores son hombres sencillos, con un trabajo humilde y necesario, tan antiguo casi como la historia del ser humano sobre la tierra.

Fueron los pastores, por la voluntad de Dios de revelar sus secretos a los humildes, los que primero asistieron al sublime milagro del nacimiento de Jesús. Los imaginamos, sobre todo en la fiesta entrañable de la Navidad, asombrados ante el pesebre, rudos y tiernos a la vez, sorprendidos por aquella dulce maternidad, asimilando cada uno en su espíritu aquel gran misterio de amor. Quizás en aquel momento, la Virgen, Reina de Reyes, se convirtió ya también para siempre en Madre y Reina de pastores, en Pastora ella misma de la Humanidad entera. Qué sencillez en esa advocación de María, qué alusión dulce al sacrificado esfuerzo de quien apacienta, reúne, dirige con su vara, señala el camino y la vereda. Sevilla ha acogido a esta Virgen pastoril, que parece una muchacha casi, joven y sonriente, bajo la sombra amena de un árbol, rodeada por su rebaño fiel. Y mis versos le piden ahora que siga siempre marcando el camino, congregando a su alrededor, con vara generosa, nuestros sueños y nuestras esperanzas:

Cuando presientas, Señora,
la amenaza de algún daño
o se disgregue el rebaño
en la más incierta hora,
no olvides que eres Pastora
de los sueños de la vida.
Dale redil y guarida
al alma que en Ti confía.
Que si de Ti se extravía
sola queda, y aturdida.

Si el rebaño desespera
señala con tu mirada
la vereda, la cañada,
el manantial, la ribera.
Y al llegar la primavera
con el dedo levantado
señala el lugar del prado
donde al alma se le alcanza
el pasto de la esperanza
y el descanso tan soñado.

Santa Marina, Capuchinos,
San Antonio o Santa Ana,
se Tú siempre la guardiana
del rebaño y sus destinos.
Señala Tú los caminos
y la vereda sencilla.
Pues no hay mejor maravilla
que saberte a Ti, Señora,
eternamente Pastora
en el redil de Sevilla.

Rosario. La gracia de un costal

Hay tantas glorias en Sevilla. Alta gloria de la Ciudad son sus costaleros y capataces, que la convierten con el racheo de sus pasos y el mando de sus voces en mágico escenario de la conmemoración de la Pasión y Muerte de Jesús o de sus Glorias marianas. La Santísima Virgen, en una de sus más hermosas y populares advocaciones, está relacionada con estos hombres del costal. Madre de Dios del Rosario es patrona de capataces y costaleros. Alto y hermoso patronazgo, patronazgo del sudor y del sincero y comprometido esfuerzo humano, patronazgo del dulce movimiento de Sevilla. Ese grupo de hombres debe tener también su sitio en mi pregón. ¿Y cómo mejor que de la mano amorosa de la Virgen del Rosario, sencilla y purísima advocación de letanía sostenida, enraizada en el corazón de los barrios de la Ciudad:

San Gil, Santa Catalina, San Julián, Dos de Mayo, Barrio León, bellísima Virgen del Rosario de la Hermandad de las Siete Palabras, Los Humeros?

Al mirarte, nadie sabe
qué es lo grande o lo pequeño.
Es grande, muy grande el sueño
que por esa puerta cabe.
Aunque tu sencilla nave
calce doce costaleros,
en mi cariño sincero
es tu gracia la mayor
-dulce Rosario de amor
del barrio de Los Humeros-.

He convivido con los costaleros. Me ha asombrado la intensidad de su esfuerzo anónimo, su entrega bajo las trabajaderas, su devoción profunda a sus raíces sevillanas. Yo fui un costalero tardío, torpe y voluntarioso. Ellos me ayudaron porque conocían la intensidad de mi emoción y valoraban la sinceridad antes que los resultados de mi esfuerzo; porque barruntaban en mi silencio esforzado la satisfacción secreta de un sueño. Me ayudaron porque estaban y están hechos con el material sublime de la comprensión y del respeto. A todos los llamo ahora, sin exageración, gracia pura de Sevilla. Y ahora os relataré un hecho gozoso y singular. La Virgen trianera del Rosario, Madre de Dios del Rosario, quiso que un día de octubre fuera yo bajo las trabajaderas de su paso, una tarde luminosa y encendida, junto a la ribera iluminada del río. Y yo, esforzado costalero tardío, recorrí bajo sus trabajaderas los enclaves mágicos de Triana: Altozano y Pureza, San Jacinto. De pronto, cuando iba absorto en aquel esfuerzo anónimo, me sentí como transportado. Y soñé que estaba rodeado de flores y que eran las flores mismas las que llevaban sobre sus hombros fragantes la dulzura de María. Y guardé luego aquella vivencia en verso, para que no se me muriera nunca el recuerdo, y poder resucitarlo ahora, azares de la vida, ante vosotros:

Si será grande en Sevilla
el orgullo del costal,
que te lleva la cuadrilla
más extraña y singular.
Junto a tu gracia, Rosario,
todas las flores están.
Al lirio, serio y morado,
lo han nombrado capataz.
Pero el lirio se pregunta:
-¿Cómo puedo yo igualar
a la altiva rosa clara
al clavel y al azahar?
¿A qué flor de la cuadrilla
nombro yo para llamar?
Después de algunos minutos
y tras mucho cavilar,
rodeado por las flores
dice el lirio: -Pues ya está.
Primera, el clavel soberbio.
Segunda, la claridad
de la rosa delicada.
Y tercera, el azahar.
Cuarta y quinta los gladiolos.
La azucena en sexta va.
Ay, que cuadrilla de flores,
qué jardín de claridad
te lleva por las esquinas
secretas de la Ciudad.
Suena el martillo, y el lirio
da una voz para llamar:

-Todas las flores al palo.
Rompe el gladiolo a sudar
y la azucena se ajusta
en su pétalo, el costal.
Y metiendo los riñones
se prepara el azahar.
Cuando un golpe de martillo
el aire vuelve a quebrar
hablan ya todas las flores
tras aquella levantá:
-Gladiolo, menos cintura,
azucena, cómo vas.
Y la azucena, riendo
con secreta vanidad,
a la rosa le responde:
-Rosa clara, la verdad,
No cambio yo la alegría
ni la gracia de un costal
por ningún jardín eterno
ni la jarra de un varal.

Mercedes y Amparo. Claridad en la Puerta Real y Madre del otoño sevillano.

Voy cumpliendo el honroso encargo que tan generosamente me habéis confiado. A lo largo de todo el tiempo anterior al pregón, y aún ahora mismo, no he podido dejar de sentir la sensación de que me concedisteis una alta dignidad, y me he sentido abrumado por el peso de la responsabilidad. Pero he pedido a la Santísima Virgen, que también es Divina Enfermera de todos los males, de todas las inseguridades y vacilaciones, que derramara sus Mercedes y su Amparo sobre todas y cada una de mis palabras, para que pudieran hacer algún bien. Porque ya sabéis que la Virgen es dadora y dispensadora de Mercedes, y que Sevilla proclama esa realidad igual en el corazón del barrio del Tiro de Línea que en la sevillana Puerta Real:

En la puerta de Sevilla
está tu gracia guardada,
la belleza coronada
de tu mirada sencilla.

Y el corazón se me va
por la calle Alfonso Doce
buscando en la tarde el roce
de tu eterna claridad.

Y el corazón se me escapa
por la plaza del Museo
reclamando un aleteo
que prolongue su escapada.

Pues sé bien que en tu capilla
eres gloria descubierta.
Eres portera en la Puerta
primorosa de Sevilla.

Por eso cuando a Ti llego
le lanza mi voz templada
a tu gracia coronada
sólo un verso, sólo un ruego:

Libra Tú de todo mal
a todo aquel que a Ti rece
mientras la luz atardece
junto a tu Puerta Real.

Y también sabéis que la Virgen es Madre generosa del Amparo en la Parroquia de la Magdalena, donde el Santísimo Cristo del Calvario y el amoroso llanto de la Virgen de la Presentación duermen su sueño a la espera de amaneceres entre claroscuros cada nueva madrugada. Y cada mes de noviembre, la Santísima Virgen, entre hojas caídas y desnudez de ramas en la brisa, es Reina profunda y nostálgica del otoño sevillano:

No quieres azahar ni primavera.
El otoño le basta a tu mirada.
En la tarde en penumbra traspasada
insulto es que una rosa floreciera.

Cuánta belleza gris en la frontera
de noviembre a diciembre adelantada
y qué suave tristeza aletargada
en la rama desnuda y volandera.

Le sobran azucenas a tu frente.
No quieres primaveras, ni el descaro
del azahar abriéndose temprano.

El otoño te basta solamente.
Madre eterna y profunda del Amparo.
Y sueño del Otoño sevillano.

Marinera y Sevillana

Llego ahora, con profunda emoción, al puerto de una agradecida confesión. Yo descubrí la existencia y el valor de las Hermandades sevillanas de Gloria por el trabajo de un puñado de gente sencilla y esforzada. Aman a una Virgencita pequeña y aureolada que hay en la iglesia de Santa Catalina. Lleva un nombre simple, presente en muchísimas familias, un nombre vinculado a un monte frente a un mar azul, inabarcable casi con la mirada, que luego tendría la fortuna de conocer con la mejor de las compañías posibles, la de quienes luchan por devolver la salud y la felicidad a los seres humanos desgraciados, sin estridencias ni alharacas, agrupados hospitalariamente por el nombre de aquel Santo portugués que culminó su obra en Granada dando su vida por los pobres, por los eternos desheredados de la tierra. Sevilla, como toda la Cristiandad, acogió desde hace siglos a la Virgen del Monte Carmelo, a la Virgen del Carmen. Es la Virgen de todos los navegantes y marinos, a los que ha protegido y protege de los peligros del mar. Se le reza aquí en Sevilla en la iglesia de Santa Catalina, en las riberas amuralladas y sin espumas de San Gil, en esa capilla pequeña que es casi puerta coqueta de Triana, testigo silencioso del doloroso sueño detenido del Guadalquivir o en Calatrava y San Leandro. A esta Virgen marinera y universal le tengo dicho en mi corazón:

Las mareas van y vienen.
El mar riza espuma blanca
en mil orillas de sueño
con olas que se levantan.
Y en los puertos escondidos
se lanzan redes al alba.
Pero yo sé, Madre mía,
que tu belleza es más alta.
Es inmenso el horizonte.

Las arena son doradas
y son libres las gaviotas
cuando el aire azul enlazan
con acompasado vuelo
la libertad de sus alas.
Pero yo sé, Madre mía,
que tu belleza es más alta.
Ay Virgen del Carmen, Madre,
siempre tu amor sobre un ancla,
siempre vela tu sonrisa,
siempre timón tu esperanza,
siempre brújula tus ojos,
siempre en la tormenta amarra
el doble nudo tranquilo
de tus manos bienamadas.
Yo he visto tu nombre escrito
en la luz que declinaba
con los últimos ponientes.
Tu nombre lo pronunciaban
viejas redes, bajamares,
caracolas, tristes barcas.
Y he visto cómo rezaban
a tu nombre, cada día,
pescadores en el alba.
Por eso a Ti, Madre mía,
te pusimos sobre un ancla,
te ensamblamos en el mástil,
te nombramos Capitana.
Te hicimos sueño y bandera
y dulcísima Bitácora.
Porque si es un mar la vida,
con tempestades y calma,
con espumas y horizontes,
con naufragios y bonanzas,
con marejadas y viento,
sabemos que en puerto aguarda
la tierra firme, infinita
de tu nombre y su Esperanza.

Carmen en Santa Catalina

Pero permitid que centre mi fervor en la Virgen del Carmen de mi barrio; de la Iglesia de Santa Catalina. Mi niñez acudía siempre a aquella iglesia, allá por la Cuaresma, con un sueño anhelante de centuriones y caballos, aguardando el infantil deslumbramiento que en el alma y los sentidos producía el expresivo barroquismo sevillano, aquel abarrotado y abigarrado Gólgota, con sus ladrones maniatados, sus relinchos que casi alcanzaba a escuchar mi imaginación desbordada y aleteante, sus romanos crueles e indiferentes al gesto sesgado e implorante de Jesús. No reparé en aquella dulzura discreta y apartada -lo confieso- hasta años más tarde, cuando aquella gente llevó a mi padre un mes de julio a aquella iglesia, para cantar a su Virgen del Carmen. Y allí estuvo mi infancia despistada e ignorante, entre asombrada e inquieta. Y, cosas del destino, aquellos hombres vinieron veinte años más tarde, a pedirme que fuera yo, en otra ocasión, quien pregonara a la Virgen Marinera. Yo sé bien que la confianza y el cariño de esos hombres han contribuido a traerme hasta aquí. Por eso, permitidme ahora que me dirija a esa Virgen entrañable. ¿Cómo olvidarla, si en las desiertas horas de la noche, corazón abatido tantas veces, fue bálsamo y consuelo, venda y lenitivo a mis tristezas? ¿Cómo olvidarla, si tantas veces tuve su nombre claro entre mis labios, pronunciado con sigilo implorante, con emoción ardiente y encendida? Pero quiero recordarla ahora alegremente, discurrendo por las calles de mi barrio, estrecheces de Alhóndiga y Gerona, naranjos de Doña

María Coronel, portada del Convento de Sor Ángela, santo y seña de la más ardiente caridad, demostración diaria y permanente de la más profunda locura de la Cruz, orgullo inextinguible del alma de Sevilla:

La luna tiende en el cielo
su sonrisa grande y blanca
mientras el verano siembra
destellos de noche y llama.
Encima de las iglesias
hay silencio de campanas.
Se tiende inmóvil la brisa
sobre el nudo de una rama.
La noche del mes de julio
se ensombrece en las fachadas.
Se hace el barrio laberinto
de callejas y de plazas.
Y va la Virgen del Carmen
soñando sueños de gracia
entre naranjos dormidos,
por esquinas enlunadas.
Y va la Virgen del Carmen
con la noche a sus espaldas
mientras descuelgan los astros
su blancura en la distancia.
Alrededor de su rostro
baten ángeles sus alas
y un aroma de silencio
se estremece entre las jarras.
Y están altas las aceras.
Y están bajas las terrazas.
En el rostro lleva un aire
de luna recién clavada
y el verano le ha tendido
a sus manos una dalia
porque la Virgen del Carmen
pisa ya la madrugada
y está mirando la luna
de la noche sevillana.
En San Román quedan brillos
de candelas y de ascuas
morena brisa aceituna,
rumor de voces gitanas
y hasta las estrellas tienen
un fandango en la garganta
y la luna, más que luna
es un palo de guitarra.
A dónde vas, que te alejas,
luna grande, luna blanca,
luna altísima redonda,
luna que sueñas distancias,
puñal que partes la noche
como un filo de navaja.
Y la luna que ilumina
entre el varal y la plata
el perfil de su belleza
y el destello de su gracia,
le responde con un rayo
de claridad enjoyada:
Me voy yendo poco a poco.
Me llevo mi falda blanca

y el reflejo de mi brillo
para que pueda mañana
cuando la aurora amanezca
despertar la luz del alba.

Madre Auxiliadora y madre Aurora.

Mis palabras han de concluir. Bastante he abusado ya de vuestro afecto. La Virgen María es Madre Universal, Madre entre las madres, Madre por excelencia. ¿Qué deciros del amor de una madre? Es el amor más inocente, el más elemental, el más antiguo, el que nace en la entraña de la entraña, el menos desgarrado y el más vivo, el que siempre comprende y perdona, el que resiste, el permanente amor inofensivo. Eterno amor de madre, amor generoso y abnegado, que da el corazón y la vida sin pedir nada a cambio, porque es pura generosidad, pura comprensión, pura entrega en cada gesto, y sobre todo, pura ayuda y puro auxilio. Y cómo necesitamos ese auxilio en las horas tristes y bajas de la vida, cuando el dolor se ciernen sobre nuestra carne o más adentro aún, quizás en el espíritu. Cómo pronunciamos ese grito de Socorro cuando nos fallan las fuerzas.

Voy a hacerles una confesión íntima. María Auxiliadora tiene un sitio destacado en mi corazón, un lugar secreto y recóndito. Sus estampas de madre han aparecido, desde mi infancia, desconcertantes, en mi cartera, en mis equipajes y en mis libros. La proliferación de estas estampas en mi vida no era, sin embargo, ningún misterio indescifrable. Las colocaba mi madre, que tiene en la Virgen Auxiliadora una de las cimas constantes de sus devociones. Yo he aprendido el amor a la Virgen de mis padres. De mi padre, Enrique, cuando lo acompañaba en mi niñez a cantar la Gloria de la Virgen del Carmen, de la Virgen de la Hiniesta, de la saltareña Virgen de la Oliva, de la Virgen de Regla, mecida entre espumas atlánticas, o de las Vírgenes de Gloria de Sevilla. Pero este pregón he querido dedicarlo especialmente a mi madre, Aurora, que me enseñó a rezar a la Virgen y que ha ido sembrando sus imágenes en mi vida. Siempre me quedarán esas estampas, ya gastadas por el tiempo, deliciosamente envejecidas, y el agradecimiento a la devoción y la fe con la que fueron depositadas junto a mí. Quiero terminar, por tanto, mi pregón, en homenaje a la Madre del cielo y a mi madre en la tierra, uniendo sus nombres, Auxiliadora y Aurora, con esta oración final:

¿Cómo en pregón sevillano
olvidar tu hermoso nombre?
Puede que a algunos asombre
que sin ser yo salesiano
quiera acabar de tu mano.
Pero tu nombre enamora.
Eres mi Luz y mi Aurora,
pues en este mundo preso,
alivia sólo su peso
tu mirada, Auxiliadora.

Escúchame, Madre mía,
si nada ya me quedara,
si le perdiera la cara
al sueño y a la alegría,
tu nombre sí quedaría
en mi noche y en mi Aurora.
Y si aciago y solo llora
el mundo su desamparo,
será siempre como un faro
tu mirada, Auxiliadora.

Si extraviara todo sueño
y quedara abandonado,

si el mundo, triste y cansado,
se me quedara pequeño,
si de mí no fuese dueño
cuando llegara mi hora,
sería tu nombre la Aurora
de mi crepúsculo herido,
pues nunca alcanzó mi olvido
tu mirada, Auxiliadora.

Si todo, vuelto al revés,
se descuadrara en mi vida,
si por culpa de una herida
viniera a menos mi fe,
sólo te pido que estés
como siempre y hasta ahora:
siempre Tú, Madre y Aurora,
mi angustia, junto a tu abrazo,
mi dolor, en tu regazo,
Madre eterna, Auxiliadora.